

El bosque mágico

© Juan Bosco Castilla

Personajes:

Narrador.

Carpunflo.

Astania.

Jorge.

Elena.

Madre de Poquitacosa.

Padre de Poquitacosa.

Madre de Caperucita.

Caperucita.

Poquitacosa.

Dragón.

Público del bosque

(Entra el narrador, que está presente durante toda la obra y se mueve tanto en el escenario como, sobre todo, por los pasillos)

NARRADOR:

No lejos de aquí, en un paraje conocido por todos nosotros, hay un bosque espeso y oscuro en el que las criaturas mágicas llevan la vida corriente de su especie. El mismo bosque es mágico, y nadie, salvo sus moradores, conoce de su existencia, de modo que es imposible encontrarlo, porque –como digo- es mágico, y lo mágico no puede verse ni tocarse.

Aquellos que no creen en los personajes de los cuentos, alegando que nunca los han visto, no conocen sus poderes maravillosos. ¿Cómo se puede presentar a alguien que no ves y que al darle la mano no tocas?

En este bosque vive una mujer vieja, encorvada, de nariz ganchuda y larga y ojos pequeños y malignos. Por encima de unas cejas enormes, tiene tres arrugas grandes, como si le hubieran arado la frente mientras dormía. Viste siempre de negro y nunca se separa de un bastón mágico con el que convierte los príncipes más hermosos en repugnantes sapos, las almendras dulces en amargas y los días de sol en noches de tormenta. Esta mujer se llama Astanasia y es bruja. De ella se dice que convirtió los jazmines de las riveras del riachuelo en zarzas, para que los cervatillos no pudieran acercarse a beber agua cristalina. He oído de ella, también, que hizo crecer los pinos porque le daba rabia que los niños cogieran piñas y se comieran los piñones. Y se dice que un día que los duendecillos jugaban alegremente, convirtió el terreno llano en cuestas arriba, para que se cansaran antes y jugaran menos.

Astanasia no tiene amigos. Bueno, sí: hay un muchacho feo, bajito y con granos en la cara, que a menudo acude a visitar a la bruja. Carpunflo –pues este es su nombre- es leñador, y siente mucho cariño por ella..

(Entran Carpunflo y Astanasia)

CARPUNFLO:

Señora Astanasia, cada día está peor su casa. Cualquier día es bueno para que se le caiga encima. Debería ponerle remedio cuanto antes.

ASTANASIA:

¡Ay, hijo! Bien sabes que soy pobre y no puedo costearme un par de albañiles.

CARPUNFLO:

Yo tengo algún dinero, no mucho, pero...

ASTANASIA:

Si tuviera dinero, de poco me serviría. Nadie quiere ayudarme. Me odian.

CARPUNFLO:

Yo no creo que te odien tanto como dices.

ASTANASIA:

Sí, me odian. Las liebres dicen que yo di grandes dientes a los perros y los perros que puse patas veloces a las liebres. En cualquier sapo ven a un príncipe azul de un reino de ilusión. Los ríos se desbordan por culpa mía, las sequías son culpa mía. Todo es culpa mía para ellos.

CARPUNFLO:

¿Y tú qué tienes que ver con eso?

ASTANASIA:

Nada. Los sapos son sapos y no príncipes, y no es tan malo ser sapo. ¿Y qué beneficio saco yo con que las liebres corran más o menos, o con que los perros tengan dientes más o menos largos.

CARPUNFLO:

Ninguno, no sacas ningún beneficio.

ASTANASIA:

Si llueve, la principal perjudicada soy yo: mi casa es la peor del bosque y tiene goteras. Y si hay sequía, se ponen tristes mis lechugas. Y todo porque soy vieja y fea. ¿Sabes Carpunflo?, cuando la gente es ignorante y no sabe hacer una cosa, dice que yo no la dejo. Si sale el sol, es obra del hada, pero si pega con tanta fuerza que se derriten las tejas, es porque la mano de Astanasia ha hecho algún oscuro encantamiento. Cuando los duendecillos aprueban en la escuela, van al hada y le dan regalos, pero si suspenden, apedrean mi casa. De nada sirve decirles que estudien y se dejen de pamplinas.

CARPUNFLO:

No te preocupes. Mañana traeré tablas y empezaré a arreglar tu casa. No se puede vivir aquí con tanta humedad.

(Salen Carpunflo y Astanasia)

NARRADOR:

En otro paraje hay una casa de caramelo, regaliz y chocolate. Es tan grande, que nadie sabe cómo puede caber en el bosque, y la misma dueña, por temor a perderse, no se adentra por los corredores. Este es el hogar del hada Elena, una mujer muy hermosa, tanto, que de no ser esta una historia cierta, este pobre narrador hubiera inventado un cuento para hacerla princesa. Tiene poderes magníficos. Ella devuelve el sol tras la borrasca, siembra los campos, los riega y hacer crecer la hierba que comen los cervatillos y ha decretado los días de fiesta. Cuando la bruja mala inventó las cuestas arriba para cansar a los duendes, Elena inventó las cuestas abajo. Ella enseñó a los niños a varezar los árboles y a subirse a ellos sin hacerse daño y a los rosales, que estaban tristes porque la bruja les había cubierto el cuerpo de espinas, les dio las flores más hermosas. Era bueno todo lo que hacía y todo lo hacía bien.

(Entra Jorge)

NARRADOR:

El hada Elena tenía un amigo alto, rubio, de ojos azules como el cielo de primavera, de ademanes gentiles y mirada suave. Jorge –este era su nombre– pasaba en la casa de dulce gran parte de su tiempo. Una vez le dijo a Elena:

(Entra Elena)

JORGE:

Me he encontrado esta tarde con el jardinero del bosque. “Hace mucho tiempo que no llueve”, me ha dicho. “La comida escasea, no hay hierba en ningún sitio, las plantas están mudando el color de sus hojas y los riachuelos no corren desde hace mucho tiempo. Si esto dura mucho más, acabarán secándose las pocas charcas y los peces de colores morirán”. Todo el bosque acabará mal si no llueve pronto, me ha dicho el jardinero del bosque.

ELENA:

¿Y tú qué tienes que ver con eso?

JORGE:

Nada, pero como soy amigo tuyo... Bueno, él quiere que llueva... Pensaría que diciéndomelo a mí tú te enterarías y harías llover.

ELENA:

¡Qué gracioso! ¿Y a mí qué me importan los peces de colores, la hierba y el color de los árboles? Además, si yo pudiera hacer llover, que no puedo, no llovería nada más que para mí, en mi jardín, sobre mi tejado, en el patio de mi casa... Eso de hacer llover sobre todo el bosque debe de ser de los más pesado. ¡Y se debe de gastar muchísima agua! ¡Imagínate, con lo grande que es el bosque! Pero dime, ¿tú que le contestaste?

JORGE:

Que sí, que harías llover. Le dije: tranquilo, hasta ahora siempre ha llovido. El hada hará caer agua del cielo cuando más convenga. Vete tranquilo.

ELENA (riendo):

¿Y se fue tranquilo?

JORGE (riendo):

Sí, se fue dándote las gracias.

(Salen Elena y Jorge)

NARRADOR:

En una casita del bosque vive la familia de un carpintero. Una vez, hace algún tiempo, la mujer del carpintero oyó un ruido muy raro mientras enebaba una silla vieja. Salió a la calle y vio un cestito de mimbre y, en el cestito, como un bulto pequeño.

(Entran la madre y el padre de Poquitacosa)

MADRE DE POQUITACOSA:

Mira, había una niña en la puerta de la casa.

NARRADOR:

El marido tiró de unas telas blancas y no vio nada.

PADRE DE POQUITACOSA:

No veo ni jota.

NARRADOR:

La mujer fue a una percha y descolgó unas gafas para su marido.

PADRE DE POQUITACOSA:

¡Qué poquita cosa!

(Salen el padre y la madre de Poquitacosa)

NARRADOR:

Así la llamaron: Poquitacosa. Pero pasó el tiempo y la niña creció muy deprisa. De hecho, un día, el padre se asustó mucho, porque miró abajo y no encontró a la niña. Descolgó las gafas de la percha y se las puso. La buscó por todos lados, por debajo de todos los trastos de la carpintería, en todos los rincones.

(Entra Poquitacosa)

POQUITACOSA:

Papá, ¿qué buscas?

PADRE DE POQUITACOSA:

¡Rayos, nunca pensé que fueras a crecer tanto!

(Salen Poquitacosa y su padre)

NARRADOR:

Aunque Poquitacosa era una mujer más alta que su padre, aún se llamaba Poquitacosa, pues, como sabéis, los nombres no cambian con el cuerpo.

Poquitacosa era amiga de Caperucita Roja. Un día, jugando a la goma, Caperucita se cayó y se rompió la pierna. “Ay, ¿quién llevará la cestita a mi querida abuelita?”, dijo Caperucita. “No te preocupes –dijo Poquitacosa-, yo la llevaré”.

(Entran la madre de Caperucita Roja y Poquitacosa)

NARRADOR:

Y a la mañana siguiente, la madre de Caperucita entregaba una cesta repleta de comida a Poquitacosa.

MADRE DE CAPERUCITA:

Ten mucho cuidado, porque en el bosque hay un lobo malo que se come crudas a las niñas

(Salen la madre de Caperucita y Poquitacosa)

(Entra Poquitacosa)

JORGE:

¿Dónde vas con la cestita?

POQUITACOSA:

Voy a casa de la abuela de Caperucita.

JORGE:

¿Y qué llevas en la cesta, si puede saberse?

POQUITACOSA:

Dulces y golosinas. A la abuelita le gustan mucho.

JORGE:

¿Puedo verlos?

(Poquitacosa abre la cesta)

JORGE:

¡Qué buena pinta tienen!

POQUITACOSA:

Los ha hecho la madre de Caperucita.

JORGE:

¡Umm...! ¿Me das uno?

POQUITACOSA:

No puedo, no son míos.

JORGE:

Anda, dame uno. ¿Quién va a enterarse?

POQUITACOSA:

No, son para la abuela de Caperucita.

JORGE:

¡Pero no seas tonta! ¡Bah!, apuesto a que la abuela de Caperucita no tiene dientes y no se los puede comer.

POQUITACOSA:

Sí tiene dientes. El año pasado el duendecillo dentista le puso una dentara nueva.

JORGE:

¡Tonterías, tonterías, tonterías! Mira, uno para ti y otro para mí. Eh, ¿qué te parece?

POQUITACOSA (con fuerza):

¡Que no!

JORGE (con rabia):

¡Ah!, me revientan las niñas buenas.

POQUITACOSA:

Mira, te daré uno si vienes conmigo a casa de la abuelita: hay un lobo feroz en el bosque y me da miedo.

JORGE:

Bueno, iré. Dame el dulce.

POQUITACOSA:

Te lo daré cuando lleguemos.

(Un momento de silencio)

JORGE:

Ahora recuerdo que se ha caído una burra y tengo que ir a levantarla. Lo siento Poqui, otra vez será. Adiós, Poqui.

NARRADOR:

Jorge se fue pensando en algo maléfico.

(Sale Jorge y entra Carpunflo)

CARPUNFLO:

Buenos días, Poquitacosa.

POQUITACOSA:

Buenos días.

CARPUNFLO:

¿Qué llevas en esa cestita?

POQUITACOSA:

Dulces para la abuela de Caperucita.

CARPUNFLO:

Pero, ¿y Caperucita?

POQUITACOSA:

Se ha roto una pierna. Por eso voy yo. Alguien tenía que llevarle los dulces a la abuelita.

CARPUNFLO:

¡Pobre Caperucita!

POQUITACOSA:

Sí, ¡pobre! El duendecillo doctor se la ha escayolado. Lo dolía mucho... Jugaba conmigo a la goma cuando, no sé cómo, se cayó.

CARPUNFLO:

¡Vaya! Iré a verla mañana. Tendré que pensar en un regalo. Te suelen regalar cosas cuando estás enfermo, ¿no?

POQUITACOSA:

Sí, me parece que sí, aunque a mí nunca me han regalado nada.

JORGE:

¿Has estado enferma alguna vez?

POQUITACOSA:

No, nunca.

JORGE:

Quizá sea por eso.

POQUITACOSA:

Bueno, tampoco debemos esperar a que nuestros amigos estén enfermos para hacerles regalos. ¿No crees?

JORGE:

Sí, es verdad.

(Poquitacosa se cambia la bolsa de mano)

CARPUNFLO:

Anda, déjame llevarte la cestita.

POQUITACOSA:

Gracias, pero puedo llevarla sola.

CARPUNFLO:

Sí, ya lo sé, pero has caminado mucho con ella y debes estar cansada. Mira, te acompaño a casa de la abuelita. Tú llevas la cesta un rato y yo la llevo otro. ¿De acuerdo?

POQUITACOSA:

De acuerdo.

NARRADOR:

Se pusieron en camino. Iban tranquilos, charlando de cosas del bosque, cuando, de repente, apareció ante ellos el lobo feroz, ése que sale en todos los cuentos y es muy malo.

(Entra Jorge disfrazado de conejo)

JORGE (con la voz ronca del lobo):

¡Aaarr...!, soy el lobo. ¡Qué malo soy! Me como a todo el que pilló. Pero... oh, ¡qué veo!, una cesta, y apuesto a que está llena de dulces. Bueno, hoy estoy de buenas. He decidido no comerlos, pero, a cambio, me daréis la cesta.

CARPUNFLO:

¡Un rábano!

JORGE (con la voz ronca del lobo):

¡Cómo un rábano! ¿No me tenéis miedo? ¡Aaarr...! ¿Acaso no conocéis mis fechorías? O me dais la cesta u os como.

CARPUNFLO:

Poquitacosa, ¿has visto que lobo tan borde? ¡Aparta, farol!

NARRADOR:

El lobo, no pudiendo soportar más humillaciones a su prestigio de lobo malo, se echó sobre ellos. Pero Carpunflo, que era amigo del duendecillo chino Can-cun-chun y sabía kárate, dio tal golpe al animal que lo dejó patas arriba, tirado en el suelo.

(Escenificación lenta de lo descrito por el narrador)

JORGE (con su voz):

No, no me pegues más, Carpunflo.

POQUITACOSA:

Yo conozco a esa voz.

CARPUNFLO:

Sí, yo también. Es Jorge. Lo supe enseguida.

POQUITACOSA:

¿Cómo pudiste saberlo?

CARPUNFLO:

Elemental, Poquitacosa: ese disfraz no es de lobo, sino de conejo.

POQUITACOSA:

Es verdad, es un conejo. ¡Qué tonta soy! ¡Cómo no me habré dado cuenta antes!

CARPUNFLO:

Es el miedo. Pasa muchas veces. Jorge seguramente tiene la bombilla del ropero de su casa fundida y ha cogido a oscuras el disfraz de conejo creyendo que cogía el de lobo. Y con las prisas, no ha debido de mirarse al espejo.

POQUITACOSA:

¡Oh, Carpunflo, qué listo eres! ¡Y qué valiente! Contigo no pasaría nunca miedo.

CARPUNFLO:

No te preocupes, yo te acompañaré todos los días.

POQUITACOSA:

Gracias, eres muy amable.

(Salen Jorge, Poquitacosa y Carpunflo)

NARRADOR:

Carpunflo, como había prometido, acompañaba frecuentemente a Poquitacosa.
No pasaron muchos días, cuando...

(Entran Carpunflo y Poquitacosa)

CARPUNFLO:

Toma, te lo regalo.

POQUITACOSA.

¡Oh, es una concha! ¡Que bonita! Es la primera vez que me regalan algo.

CARPUNFLO:

No es una concha cualquiera: tiene propiedades mágicas.

POQUITACOSA:

¿Sí?

CARPUNFLO:

Si dices las palabras mágicas “concha, conchita, una de alambre y otra de guita” y la pones boca arriba encima de una mesa, hace de cuenco.

POQUITACOSA:

¡Oh, qué regalo más práctico! La pondré en la mesa de mi casa. A mis padres puede servirle de mucho.

CARPUNFLO:

Pero recuerda las palabras mágicas.

POQUITACOSA:

Sí. Una de

CARPUNFLO.

No. Concha, Conchita...

POQUITACOSA:

¡Ah, sí! “Concha, conchita, una de alambre y otra de guita”.

CARPUNFLO (al público):

A ver, repetidla también vosotros: “Concha, conchita, una de alambre y otra de guita”.

(Salen Carpunflo y Poquitacosa)

NARRADOR:

Desde entonces, Carpunflo y Poquitacosa se vieron todos los días. Pasaron meses, años, y con el tiempo aumentó en el alma de ambos un algo hermoso y extraño: era el amor. Juntos, llenaron los árboles del bosque de corazones heridos por una flecha en los que siempre figuraban sus nombres. Aquella historia dichosa parecía no tener fin. Pero, un día, a Poquitacosa le tocaron las

quinielas y de muchacha pobre pasó a ser la más rica del bosque. El hada Elena, nada más enterarse, mandó a buscar a Jorge.

(Entran Elena y Jorge)

ELENA:

Jorge, ha ocurrido algo espantoso.

JORGE:

¿Qué ha pasado, hada?

ELENA:

Algo espantoso, algo espantoso.

JORGE:

Sí, pero qué.

ELENA:

A esa niña tonta..., a esa buena para todo... Ya sabes, a Poquitacosa..., le han tocado las quinielas.

JORGE:

¡Oh, es horrible! ¡Qué desgracia!

ELENA:

Sí, ahora no seré la más rica del bosque. ¡Ah, qué rabia me da!

JORGE.

Y a mí.

ELENA:

Y lo peor no es eso.

JORGE:

¿No?

ELENA:

No: lo peor es que se va a casar con ese mequetrefe de Carpunflo.

JORGE.

¡Rayos! No lo había pensado.

ELENA:

Y como Carpunflo es amigo de la bruja, le darán dinero y la bruja podrá hacer cosas buenas, que es lo que más le gusta. ¡Ah, cómo odio las cosas buenas!

JORGE:

Yo también las odio.

ELENA:

Hay que evitar como sea ese matrimonio.

JORGE:

Sí, ¿pero cómo?

ELENA.

Muy fácil: haciendo que Poquitacosa se case con otro. Dime, Jorge, ¿quieres ser rico?

JORGE:

¡Claro que sí!

ELENA:

Bien, entonces, cástate con esa muchacha.

JORGE:

¿Yo? ¡Pero si a mí no me quiere!

ELENA:

¡Bah! Eso es lo de menos. Tú eres más alto, más guapo, tienes el pelo rubio, los ojos azules, estás mejor educado, hueles a colonia de hombre de verdad, posees un coche deportivo, bailas el rock and roll como nadie y eres máximo goleador en el equipo de fútbol del bosque. Cuando las muchachas te ven, se imaginan que eres un príncipe azul salido de un cuento. ¿Que puede contra ti un leñador feo e ignorante? Esto es lo que haremos...

(Salen Elena y Jorge. Elena le va hablando a Jorge al oído)

NARRADOR:

El hada Elena le dijo a Jorge al oído algunas palabras. Pero yo no las oí y por eso no puedo contarlas. Sí sé que Jorge salió de la casa del hada a buscar a la muchacha, y que la encontró en un claro del bosque, recogiendo flores para su madre.

(Entra Poquitacosa recogiendo flores del suelo. Entra Jorge)

JORGE:

Hola, Poquitacosa.

POQUITACOSA:

Hola, Jorge.

JORGE:

¡Qué lindas flores!

POQUITACOSA:

Son para mi madre. ¿Te gustan?

JORGE:

Sí, me gustan mucho. Son muy lindas. Se parecen a ti.

POQUITACOSA:

Por favor, Jorge, no me digas esas cosas.

JORGE:

Lo siento, no quería enfadarte.

(Pausa)

JORGE:

Toma, te lo regalo.

POQUITACOSA:

No, no puedo aceptarlo. Es un collar muy valioso.

JORGE:

Por favor, Poquitacosa, acéptalo. ¡Estoy tan arrepentido de todo lo que he hecho!

POQUITACOSA:

No digas tonterías: tú no me has hecho nada nunca.

JORGE:

Sí, te he hecho mucho daño. Anda, acepta el regalo.

POQUITACOSA:

No, no puedo.

(Poquitacosa se pone el collar)

JORGE:

Hasta el hada tendría envidia si te viera.

POQUITACOSA.

¿Tú crees?

JORGE:

¡Claro que lo creo!

(Salen Poquitacosa y Jorge)

NARRADOR:

Ocurrió que la muchacha empezó a llegar tarde a sus citas con Carpunflo, y que luego, con la excusa de que le dolía la cabeza o de que tenía que ayudar a su mamá, empezó a no querer verse con él. Así, hasta que una tarde:

(Entra Carpunflo. Luego entra Poquitacosa)

CARPUNFLO:

Ayer no viniste, y antesdeayer tampoco. ¿Que te pasó? ¿Has estado enferma?

POQUITACOSA:

No, no estaba enferma, y no me ha pasado nada. Y hoy he venido para decirte que no me esperes mañana, porque ya no volveré más.

CARPUNFLO:

Pero, Poquitacosa, por qué. ¿Te he ofendido en algo?

POQUITACOSA:

No me has ofendido en nada. Pero eres feo, bajito, no tienes coche, eres un leñador ignorante y no sabes tratar a las muchachas. Me voy.

(Salen Poquitacosa y Carpunflo)

NARRADOR:

Carpunflo volvió al día siguiente, y al otro, y muchos días más. Pero Poquitacosa no apareció. Al cabo, todo lo triste que puede imaginarse, acudió a casa de la bruja. La pobre Astanasia estaba peor del reuma y le dolía el único diente que le quedaba.

(Entran Carpunflo y Astanasia)

CARPUNFLO:

Lo siento mucho. ¡Hace tanto tiempo que no vengo a visitarte!

ASTANASIA:

No te preocupes. Tendrías cosas más importantes que hacer. Pero, dime, ¿a qué viene esa cara tan triste?

CARPUNFLO:

Es por Poquitacosa.

ASTANASIA:

¿Está enferma? ¿Le pasa algo?

CARPUNFLO:

No, no le pasa nada. Está perfectamente. Está perfectamente con... con Jorge.

ASTANASIA.

¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

CARPUNFLO:

Ese niño, ese príncipe de pacotilla la ha engatusado.

ASTANASIA:

Pero, ¿y vuestro amor?, ¿y todos los árboles del bosque con vuestros nombres?

CARPUNFLO:

Mi amor permanece vivo, pero el suyo... Dime, Astanasia, ¿no puedes hacer nada para ayudarme? ¿No tienes algún brebaje mágico?

ASTANASIA:

¡Carpunflo! ¿Cuántas veces debo decirte que no soy una bruja? Soy vieja y fea, tengo la nariz grande y curva, visto de negro, vivo en esta casa llena de telarañas y tengo una escoba. Pero la escoba es para barrer, y si hay telarañas es porque están muy altas y no puedo quitarlas sin ayuda. Te lo digo a ti y al que está contando la historia [al narrador]: ¡no soy una bruja!

NARRADOR:

Está bien. Sabedlo: Astanasia no es una bruja, aunque sea vieja y fea, tenga una escoba y haya telarañas en su casa. [Al público]: ¿Conforme?

(Público: “Conforme”)

ASTANASIA:

Conforme.

CARPUNFLO:

Pero, entonces, ¿cómo puedes ayudarme?

ASTANASIA:

No sé, pensaremos en algo.

(Pausa, pensando)

ASTANASIA:

¡Ya lo tengo!

CARPUNFLO:

¿Qué?

ASTANASIA:

Debes hacer alguna hazaña. Ocurre en todos los cuentos. Entonces ella sabrá lo valiente que eres y volverá contigo.

CARPUNFLO:

¿Qué hazaña?

ASTANASIA:

No sé, una, una hazaña.

CARPUNFLO:

Eso es como no decir nada.

ASTANASIA:

Sí, pero a ti no se te había ocurrido.

CARPUNFLO:

Se me iba a ocurrir ahora.

(Pausa, pensando)

CARPUNFLO:

Me enfrentaré al dragón.

ASTANASIA:

¡Pero eso es una locura!

CARPUNFLO:

No lo creas. Recuerda que sé kárate: Can-cun-chun me enseñó.

ASTANASIA:

No, eso es muy peligroso.

CARPUNFLO:

Todo, antes que perder a Poquitacosa.

(Salen Carpunflo y Astanasia)

NARRADOR:

Carpunflo marchó decidido a enfrentarse con el dragón, desoyendo los consejos de la vieja. El dragón no era un dragón cualquiera, sino uno muy malo que tenía unos dientes muy grandes y tan afilados como puñales y una cola enorme con la que derribaba las casas. En el extremo de la cola, se ponía un lacito rojo, porque, además de feroz y malo, era muy presumido. Tenía fama de guapo entre los dragones, y él lo sabía. Por eso era chulito y vanidoso. Se pasaba todo el día retocándose las escamas y ajustándose el lacito rojo. Decía para sí: “¡Qué guapo soy, qué guapo soy!”, y cuando cruzaba un río, se pasaba días y días mirándose en el agua.

(Entran Carpunflo y el dragón)

CARPUNFLO:

¡Eh, dragón! Ya va siendo hora de que dejes en paz a la gente.

DRAGÓN (riendo a carcajadas):

¿Pero dónde vas tú, mocososo?

CARPUNFLO:

Te doy hasta mañana para que recojas tus cosas y te marches del bosque.

NARRADOR:

El dragón se reía y se reía y no podía pronunciar palabra de la risa que le daba.

CARPUNFLO:

Recuerda, hasta mañana.

(Sale Carpunflo. El dragón se queda arreglándose el lacito)

NARRADOR:

El muchacho decía esto muy en serio. Al día siguiente:

(Entra Carpunflo)

CARPUNFLO:

¿Qué, te vas o qué?

DRAGÓN:

Me has caído simpático. Voy a dejarte ir. Vete, antes de que cambie de opinión.

CARPUNFLO:

Yo no me voy. Tú eres el que se va. O eres bueno o te vas.

DRAGÓN:

¿Yo un dragón bueno? ¡Qué dirían los demás dragones si yo fuera bueno! Sería la deshonra de los dragones. Aunque debo reconocer que me tiente la idea. Esto de hacer siempre de malo es muy cansado. Y, además, los niños no te quieren: los niños no quieren más que al bueno del cuento. Pero yo soy un dragón. Yo soy un dragón malo. Y como no te vayas ahora mismo, te como. Me estás calentando la sangre.

CARPUNFLO:

Está bien, tú lo has querido, dragón. Pues ahora no te digo que se ha caído el lacito rojo, ¡ea!

DRAGÓN:

¿Qué? ¿Cómo?

NARRADOR:

El dragón, que era muy presumido, volvió la cabeza para mirarse la cola. Entonces, Carpunflo le dio un golpe de kárate en la nuca y lo dejó sin sentido. Luego le ató las patas y la cola. Cuando despertó, Carpunflo le preguntó al dragón:

CARPUNFLO:

¿Prometes ser bueno?

DRAGÓN:

Sí, lo prometo. Y además dejaré que los niños jueguen a la comba con mi cola.

NARRADOR:

El dragón estaba encantado de ser bueno, porque lo que le gustaba de verdad era jugar con los niños.

(Entran niños a jugar con el dragón. Entran otros personajes que felicitan a Carpunflo y lo vitorean)

NARRADOR (se va escenificando lo que va describiendo):

La noticia corrió pronto por el bosque. De todas partes acudieron habitantes agradecidos para felicitarlo y hacerle regalos. Era como un héroe. El Alcalde del bosque le puso una medalla y dijo que Carpunflo era un ciudadano insigne, preclaro y ejemplar, que debía de ser algo muy bonito, aunque él no entendió nada.

El que más lo quería era el dragón, que siempre iba detrás de él, como si fuera un perrito.

(Se cierra el telón)

NARRADOR:

Sin embargo, Poquitacosa no fue capaz de renunciar al lujo y a la belleza de Jorge. Cuando recibió la noticia de que el dragón había sido vencido por Carpunflo, sólo dijo:

POQUITACOSA (voz en off):

Sí, será muy valiente, pero todavía es un leñador feo e ignorante.

NARRADOR:

Poquitacosa y Jorge se casaron. Su vida fue muy triste, porque ni se quería ellos ni los quería nadie.

Algún tiempo después, Carpunflo conoció a una muchacha muy bonita llamada Linda y se enamoró de ella. Se casaron en medio de una gran alegría una mañana de primavera. Todo el bosque estuvo en la ceremonia. La vida de Carpunflo y Linda fue muy feliz, porque se amaban y tenían muchos amigos.

(Pausa)

NARRADOR:

Si esto fuera un cuento, diría: “Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado”. Pero esto no es un cuento. En los cuentos las hadas y los príncipes azules son buenos y las brujas son malas. A nadie le tocan las quinielas en un cuento.

Esto no es un cuento, sino una historia, una historia que ocurrió no muy lejos de aquí, en un bosque mágico que, como decía al principio, no puede verse ni tocarse.

Así, pues, colorín colorado, esta historia se ha acabado.

Fin